

LA PALABRA EN LA MÚSICA

NUNCA NOS FUIMOS
80 años del Exilio
español republicano



Presenta: Raquel Caleyá (Instituto Cervantes, Dirección de Cultura)

- 1. Lectura: Max Aub** por **Dolores Delgado García**, ministra de Justicia en funciones.
- 2. Actuación de Ismael Serrano.**
- 3. Lectura: Manuel Azaña** por **Alberto San Juan**, actor.
- 4. Actuación de Marwan.**
- 5. Lectura: María Teresa León** por **Ana Rossetti**, poeta.
Lectura: Rafael Alberti por **Rosa León**, Instituto Cervantes.
- 6. Actuación de Soleá Morente.**
- 7. Lectura: Luisa Carnés** por **Almudena Grandes**, escritora.
Lectura: León Felipe por **Aroa Moreno**, escritora.
- 8. Actuación de Andrés Suárez.**
- 9. Lectura: Concha Méndez** por **Ángeles Mora**, poeta.
Lectura: Ángel González por **Ernesto Pérez Zúñiga**, Instituto Cervantes.
- 10. Actuación de Juan Valderrama.**
- 11. Lectura: Adolfo Sánchez Vázquez** por **Fernando Martínez**, exdirector general de Memoria Histórica.
Lectura: Luis Cernuda por **Luis García Montero**, director del Instituto Cervantes.
- 12. Actuación de Paco Ibáñez.**

TEXTOS

1.



Lectura: Max Aub por Dolores Delgado García, ministra de Justicia en funciones.

Campo de los almendros (1968). Max Aub

Estos que ves ahora deshechos, maltrechos, furiosos, aplanados, sin afeitar, sin lavar, cochinos, sucios, cansados, mordiéndose, hechos un asco, destrozados, son, sin embargo, no lo olvides nunca pase lo que pase, son lo mejor de España, los únicos que, de verdad, se han alzado, sin nada, con sus manos, contra el fascismo, contra los militares, contra los poderosos, por la sola justicia; cada uno a su modo, a su manera, como han podido, sin que les importara su comodidad, su familia, su dinero. Estos que ves, españoles rotos, derrotados, hacinados, heridos, soñolientos, medio muertos, esperanzados todavía en escapar, son, no lo olvides, lo mejor del mundo. No es hermoso. Pero es lo mejor del mundo. No lo olvides nunca, hijo, no lo olvides.

Lloraba. El niño —tendría cinco años— lo miraba sin comprender.

—Déjalo. ¿Cómo quieres...?

La madre daba de mamar a otro.

—¡Paquita, no te acerques al agua!

Claudio Piqueras, maestro de escuela, capitán de artillería, treinta y cinco años, santibañero, más bajo que alto, más delgado que gordo, más feo que guapo, más moreno que castaño, habla de verdad, quisiera que lo que le está diciendo a su hijo mayor se le quedara grabado indeleblemente en la memoria. Sabe que no es posible. Lo siente.

—Vamos a tener que irnos.

—¿Y todo esto?

—Habrá que dejarlo.

2.



Actuación de Ismael Serrano.

3.

Lectura: Manuel Azaña por Alberto San Juan, actor.

Carta para Ángel Ossorio (18 de junio de 1939). Manuel Azaña

18 de junio de 1939

La Prasle

Collonges-sous-Salève

Señor don Ángel Ossorio

Querido amigo:

He tenido que roer una correspondencia bastante copiosa, arreglar una masa de papeles, ocuparme en trabajos urgentes, completar en lo posible mi instalación... ¡Qué sé yo! Y en todo llevo tarde. También en el propósito de contestarle a usted. No me lo lleve a mal.

Estamos instalados en una casa de hechura saboyana, algo vieja y bastante destaralada, que por encargo mío alquiló Cipriano el año pasado. A su espalda hay unas praderas, una frondosa arboleda y un huertecito perteneciente a la finca. Mi casa está a trescientos metros de la frontera suiza y a quince minutos de Ginebra (...). Hemos llegado a ser aquí 31 personas. Naturalmente no cabían en la casa, y se han albergado algunas en el pueblo. Además, tengo en Montpellier a mi hermana y su marido, a las hijas y nietos de mi hermano, y a un cuñado de mi sobrina viuda. Otras diez personas. A mi hermana le han confiscado todos sus bienes. Nuestra casa de Alcalá, convenientemente saqueada, alberga ahora a la Falange. No pudiendo ayudarles de otra manera, me he traído a vivir aquí provisionalmente conmigo a unos cuantos emigrados, entre ellos, al coronel Parra, que en los últimos tiempos era jefe de la guardia presidencial, y al general Menéndez. Menéndez logró embarcarse en Gandía cuando ya Valencia, y no sé si Gandía mismo, estaban en poder de los falangistas. Lo facturaron para Londres, y he conseguido del Gobierno francés que le dejen venir aquí. Su mujer y sus hijas están en España; una de ellas trabaja en un taller de modista de Bilbao, y percibe un salario de una peseta por jornada de ocho horas. Ahora ando en gestiones para encontrarle colocación en México o en Colombia (...). Esta aglomeración de La Prasle no puede, es

claro, durar. (...) He obtenido del presidente Cárdenas un puesto en la Casa de España para Domenchina, que ha estado tres meses en Toulouse, con su familia, pasando las penas derramadas. Otras personas, desconocidas para usted, que estaban aquí, se han embarcado igualmente. Cada despedida corta un lazo con el pasado. Dentro de poco me quedará en la estricta intimidad. Dentro de poco me quedará en la estricta intimidad familiar, a solas con mis pensamientos.

No son muy lisonjeros, que digamos. En el orden personal no me quebrantan, y lo que me ha pasado a mí, particularmente, me importa poco o nada, cualesquiera que sean las dificultades del mañana. Tanto me da vivir en un palacio como en una aldea. Todo lo que soy lo llevo conmigo. Por lo visto, conservo un fondo casticísimo de indiferencia estoica, y me digo como Sancho: Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. (...) Si yo fuese un intelectual puro, podría ahora consagrarme, impasible, a extraer el meollo sustantífico de todo lo que ha pasado. Veo en los sucesos de España un insulto, una rebelión contra la inteligencia, un tal desate de lo zoológico y del primitivismo incivil, que las bases de mi racionalismo se estremecen. (...) Mi duelo de español se sobrepone a todo. Esta servidumbre voluntaria me ha de acompañar siempre, y nunca podrá ser un desarraigado. Siento como propias todas las cosas españolas.

Estando ya los facciosos en Arenys y Granollers, la desbandada cobró una magnitud inmensurable. Una muchedumbre enloquecida atascó las carreteras y los caminos, se desparramó por los atajos, en busca de la frontera. Paisanos y soldados, mujeres y viejos, funcionarios, jefes y oficiales, diputados y personas particulares, en toda suerte de vehículos: camiones, coches ligeros, carritos tirados por mulas, portando los más humildes ajuares, y piezas de artillería motorizada, cortaban una inmensa masa a pie, agolpándose todos contra la cadena fronteriza de la Junquera. El tapón humano se alargaba quince kilómetros por la carretera. Desesperación de no poder pasar, pánico, saqueos, y un temporal deshecho. Algunas mujeres malparieron en las cunetas. Algunos niños murieron de frío o pisoteados. (...) Las gentes quedaron atrapadas al raso, y sin comer, en espera de que Francia abriese la puerta. Dejaban pasar muy pocos. No se ya cuál día, se logró que ampliase el permiso hasta unos miles de personas. Aún no había llegado a la raya el alud de los combatientes. El 15 de enero quedaban en línea y encuadrados 78 000 hombres. Según los datos oficiales, han pasado la frontera 220 000 soldados de todas las armas. Estas cifras le permitirán a usted formarse idea de la magnitud del desastre.

(...) Tengo aún mil cosas que contarle. Pero lo mejor será cerrar esta carta, para que la reciba usted alguna vez, y ya proseguiré con mi relato. Con ser tan prolijo, no contiene sino una selección de sucesos e impresiones. Va mezclado lo político y lo personal, pero siendo

para usted, creo que puedo tomarme esa licencia, porque usted tiene buena voluntad para recibir lo uno y lo otro. Todos los de aquí le envían a usted sus más afectuosos recuerdos, a los que se juntan los míos, con un cordial abrazo para usted de su siempre amigo.

Manuel Azaña

4. Actuación de Marwan.

5. **Lectura:** María Teresa León por Ana Rossetti, poeta. **Lectura:** Rafael Alberti por Rosa León, Instituto Cervantes.

Memoria de la melancolía (1970). María Teresa León

Sí, hay tanto, tanto que hablar de todos, de todos. Estaban felices los que habían perdido cuanto tenían, menos la vida. Respiraban aún. Podían enseñar, dar clases, curar a los enfermos, levantar casas, pescar... «Yo a Chile, yo a la URSS, yo a Colombia, yo a México...». Demasiados, demasiados. ¿Cuántos? Miles, cientos de miles. Llegábamos los que llegábamos, los que moríamos con el alma desencajada. Nos costó mucho, mucho dormir bien, trabajar seguros, pensar... Los que se quedaron en Francia sufrieron el horror de la ocupación nazi. Los nazis devolvían a España a quienes les estorbaban. Un dictador siempre se entiende con otro dictador. Desde el destierro hubo años y años que de España no veíamos más que las cárceles. Los desterrados no creen nunca que su puesto en el país nuevo es definitivo. Hay una interinidad presidiendo todos los actos de su vida. Por eso no comprábamos muebles. Para qué, si pronto regresaríamos a España. Y hay una entrega casa infantil a la alegría para combatir nuestro remordimiento de habernos salvado mientras los otros... Nos reconstruíamos con fatiga. Sentíamos el aliento corto. Teníamos miedo de no dar bastante para merecer aquel trozo de descanso. Éramos como niños envejecidos, como niños absortos. A veces la gente nos miraba con recelo, éramos rojos españoles terribles, españoles arrebatados de cuchillo. ¿Y las ideas? ¿Dónde me deja usted las ideas? Sólo nos faltaba esto. Muchos países ameri-

canos les han dado con la puerta en las narices. Únicamente les han dejado entrar en Chile y México, ya sabemos. ¡También son buenos los mexicanos! En la Argentina se han limitado a recibir vascos. Los vascos son gente honesta. ¿Recuerda aquel vasquito que nos traía la leche? Tardaron mucho en Buenos Aires en darse cuenta de que habían desembarcado un jurista como Luis Jiménez de Asúa, un medievalista como Sánchez de Albornoz, un médico como Juan Cuatrecasas...

No quisiera olvidarme jamás de ninguno de los que conocí. Habían conservado su fe intacta. De pronto me parece que estoy contando una historia vieja, la de aquellos españoles que emigraron en 1813, en 1823, en 1832. Goya murió en el destierro. Miraron hacia España desde los balcones lejanos, aunque no tanto como nosotros. También se habían ido sin su casa a cuestas y soñaban noche a noche con volver...

Baladas y canciones del Paraná (1954). Rafael Alberti

Canción 8

Hoy las nubes me trajeron,
volando, el mapa de España.

¡Qué pequeño sobre el río,
qué grande sobre el pasto
la sombra que proyectaba!

Se le llenó de caballos
la sombra que proyectaba.

Yo, a caballo, por su sombra
busqué mi pueblo y mi casa.

Entré en el patio que un día
fuera una fuente con agua.

Aunque no estaba la fuente,
la fuente siempre sonaba.

Y el agua que no corría
volvió para darme agua.

6.

Actuación de Soleá Morente.

7.

Lectura: Luisa Carnés por Almudena Grandes, escritora.

Lectura: León Felipe por Aroa Moreno, escritora.

De Barcelona a la Bretaña francesa. (Memorias) (París-México 1939). Luisa Carnés

Bajo las estrellas de Le Boulou

—Hemos llegado —dijo el chófer, saltando del camión. (...)

—Pero ¿vamos a bajar aquí? —preguntó la viejecita madrileña, al ver que se disponía a poner a los niños evacuados en tierra.

—Pues claro, abuela. ¿Quiere usted seguir hasta París? (...)

Los evacuados se miran, unos a otros, en extremo perplejos. El chófer ha dicho: «Ya hemos llegado». Pero ¿adónde hemos llegado? (...)

Mis compañeros de evacuación se resisten a quedarse allí, en mitad del campo, sin abrigo alguno.

—Pero ¿adónde vamos ahora?

—Aquí, compañeros —repite el chófer—. Pues ¿qué creáis que era salir de España? Aquí estaréis hasta mañana... Yo voy a seguir sacando gente. (...)

¡Noche horrible de Le Boulou! Estás grabada con indelebles caracteres en millones de niños y mujeres españoles. ¡Qué abandonados! ¡Qué solos en nuestra desgracia! Cerca se veían blancos chalets en los que ladraba un perro de vez en cuando. En su interior, una humanidad, ajena a nuestro dolor colectivo, descansaba muellemente de su trabajo de paz. (...)

Y tú, España... Ahí estás, próxima y lejana, ya. Apenas apunta la luz del día se advertían desde esas montañas, que parecen poderse tocar con el brazo extendido, tus tierras empapadas en sangre de patriotas; tus caminos y carreteras, en los que se aprietan miles y miles de fugitivos, de hombres honrados, de vidas destrozadas, que perdieron todo lo más querido —hijos, hermanos, padres, compañeros— en holocausto a tu preciosa libertad. Tierra querida, hemos nacido en ti y al morir queremos que tú nos envuelvas, fundir nuestro polvo con el tuyo. Somos tuyos, y porque siguieras siendo nuestra, porque siguieras siendo de los españoles, millares de cuerpos humanos se han hecho tenso acero clavado en tus raíces. ¡España próxima y lejana! ¡Tierra querida! Ahora sentimos lo que hemos perdido. Nos hemos transformado en refugiados al salir de ti (...). Estamos aquí, enfebreceados y aletargados por el frío y el cansancio, y aquí estaremos hasta que nos conduzcan donde las autoridades francesas determinen. Somos refugiados de guerra. Ante nuestros ojos se suceden amargas perspectivas: inmensos campos helados, alambradas infinitas, bazofia en palanganas, disciplina cuartelera... Bueno, ¿y qué? ¡Somos refugiados de guerra!

Prólogo a *Belleza cruel* (1958), de Ángela Figuera Aymerich. León Felipe

Con estas palabras quiero arrepentirme y desdecirme, Ángela Figuera Aymerich... de cosas que uno ha dicho, de versos que uno ha escrito...

Porque yo fui el que dijo al hermano voraz y vengativo, cuando, aquel día, nosotros, los españoles del éxodo y del llanto, salimos al viento y al mar, arrojados de la casa paterna por el último postigo del huerto... Yo fui el que dijo:

«Hermano... tuya es la hacienda...
la casa, el caballo y la pistola...
Mía es la voz antigua de la tierra.
Tú te quedas con todo
y me dejas desnudo y errante por el mundo...
mas yo te dejo mudo... ¡mudo!...
Y ¿cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción?»

Fue este un triste reparto caprichoso que yo hice, entonces, dolorido, para consolarme. Ahora estoy avergonzado. Yo no me llevé la canción. Nosotros no nos llevamos la canción. Tal vez era lo único que no nos podíamos llevar: la canción, la canción de la tierra, la canción que nace de la tierra, la canción inalienable de la tierra. Y nosotros, los españoles del éxodo y del viento... ¡ya no teníamos tierra!

Vosotros os quedasteis con todo: con la tierra y la canción.

Nuestro debió haber sido el salmo, el salmo del desierto, que vive sin tierra, bajo el llanto, y que sin garfios ni raíces se prende, se agarra, anhelante, de la luz y del viento.

8.

Actuación de Andrés Suárez.

9.

Lectura: Concha Méndez por Ángeles Mora, poeta.

Lectura: Ángel González por Ernesto Pérez Zúñiga, Instituto Cervantes.

Poemas. Sombras y sueños (1944). Concha Méndez

En una tarde, como tantas tardes,
y en un gran parque de ciudad lejana,
para evadirse del rumor ajeno
conmigo misma paseando estaba.

Era el frescor intenso, se veían
sobre los verdes las señales de agua,
agua primaveral que da a la tierra
cierta sensualidad que nos exalta.

En un remanso del florido parque,
junto a un banco de piedra verde y blanca,
un gran rosal lucía en la penumbra
—la tarde ese momento declinaba—.
Me senté a reposar y ancho perfume
sentí que en mis sentidos se adentraba.
y se me vino al alma extraña angustia.
El ala de un recuerdo aleteaba...
¡Ah, sí, ya sé!... ¡Perfume de unas rosas!...
¡Otro país!... ¡El mío!... ¡Ya llegaba
a comprender por qué!...
¡Era en sus brazos
donde un perfume igual yo respiraba!

«Camposanto en Colliure», *Grado elemental* (1962). Ángel González

Aquí paz,
y después gloria.

Aquí,
a orillas de Francia,
en donde Cataluña no muere todavía
y prolonga en carteles de «Toros à Ceret»
y de «Flamenco's Show»
esa curiosa España de las ganaderías
de reses bravas y de juergas sórdidas,
reposa un español bajo una losa:
paz
y después gloria.

Dramático destino,
triste suerte
morir aquí
—paz
y después...—
perdido,
abandonado
y liberado a un tiempo
(ya sin tiempo)
de una patria sombría e inclemente.

Sí; después gloria.

Al final del verano,
por las proximidades
pasan trenes nocturnos, subrepticios,
rebosantes de humana mercancía:
manos de obra barata, ejército
vencido por el hambre
—paz...—,

otra vez desbandada de españoles
cruzando la frontera, derrotados
—... sin gloria.

Se paga con la muerte
o con la vida,
pero se paga siempre una derrota.

¿Qué precio es el peor?
Me lo pregunto
y no sé qué pensar
ante esta tumba,
ante esta paz
—«Casino
de Canet: spanish gipsy dancers»,
rumor de trenes, hojas... —,
ante la gloria esta
—... de reseco laurel—
que yace aquí, abatida
bajo el ciprés erguido,
igual que una bandera al pie de un mástil.

Quisiera,
a veces,
que borrara el tiempo
los nombres y los hechos de esta historia
como borrará un día mis palabras
que la repiten siempre tercas, roncadas.

10.

Actuación de Juan Valderrama.

11.

Lectura: Adolfo Sánchez Vázquez por Fernando Martínez, exdirector general de Memoria Histórica.

Lectura: Luis Cernuda por Luis García Montero, director del Instituto Cervantes.

Fin del exilio y exilio sin fin (1997). Adolfo Sánchez Vázquez

Larga es la tradición del exilio en los pueblos de lengua española. Tan larga como sus luchas por un porvenir que todavía no se hace presente. Larga también su huella en sus mejores escritores, conciencia alerta de esos pueblos.

...

Quien dice *exilio* nombra con ello las manos amigas y generosas tendidas al exiliado, y maldice también las ásperas manos (venturosamente pocas) que lo rechazan.

Pero no siempre se alcanza a ver lo que el exilio representa en la vida de un hombre. Se habla de exilios «dorados» no serán ciertamente los de los hombres oscuros y sencillos que se vieron forzados a dejar su tierra por haber sido fieles a su pueblo. A ningún exiliado puede compensar —y es verdad que también hay compensaciones— lo que ha perdido al abandonar su suelo. Hablo del exilio verdadero, de aquel que un hombre no buscó pero se vio obligado a seguir (en rigor, no hay autoexilio) para no verse emparedado entre la prisión y la muerte.

¿Mal menor, acaso, ante estos dos terribles males? Pero el exilio sigue siendo una prisión, aunque tenga puertas y ventanas, y calles y caminos, si se piensa que el exiliado tiene siempre ante sí un alto, implacable y movedizo muro que no puede saltar. Es prisión y muerte; también muerte lenta que recuerda su presencia cada vez que se arranca la hoja del calendario en el que está inscrito el sueño de la vuelta y muerte agrandada y repetida un día y otro porque el exiliado vive, en su mundo propio, la muerte de cada compatriota. Al aclararse las filas y estrecharse el círculo exiliado, cada quien ve estrecharse el círculo de su propia vida.

...

Tristes son los entierros, pero ninguno como el del exiliado.

El exilio es un desgarrón que no acaba de desgarrarse, una herida que no cicatriza, una puerta que parece abrirse y nunca se abre.

El exiliado vive siempre escindido: de los suyos, de su tierra, de su pasado. Y a hombros de una contradicción permanente: entre una aspiración a volver y la imposibilidad de realizarla.

...

La idealización y la nostalgia, sin embargo, no se dan impunemente y cobran un pesado tributo, que pocos exiliados dejan de pagar: la ceguera para lo que los rodea. Sus ojos ven y no ven viendo esto, ven aquello; mirando el presente, ven el pasado. Y lo que durante algún tiempo puede alimentar el fuego de la poesía (ha habido una excelente poesía del destierro) es fatal en política, pues no se hace política en el aire, sino con los pies bien afirmados en tierra. El político tiene que ajustar exactamente las manecillas de su reloj a la hora presente (la de aquí y la de allá), y por ello nada más ciego e ineficaz que los partidos del exilio con el reloj parado en una hora ya lejana.

...

Pero el tiempo que mata, también cura. Surgen nuevas raíces, raíces pequeñas y limitadas primero, que se van extendiendo después a lo largo de los hijos nacidos aquí, los nuevos amigos y compañeros, los nuevos amores, las penas y las alegrías recién estrenadas, los sueños más recientes y las nuevas esperanzas. Y, de este modo, el presente comienza a cobrar vida, en tanto que el pasado se aleja y el futuro pierde un tanto su rostro imperioso. Pero esto, lejos de suavizar la contradicción que desgarró al exiliado, la acrece más y más. Antes sólo contaba lo perdido allá, ahora hay que contar con lo que se tiene aquí. Dramática tabla de contabilidades. ¿Acaso sólo hay que contar con pérdidas?

...

Y entonces el exiliado descubre, con estupor primero, con dolor después, con cierta ironía más tarde, en el momento mismo en que objetivamente ha terminado su exilio, que el tiempo no ha pasado impunemente, y que, tanto si vuelve como si no vuelve, jamás dejará de ser un exiliado.

Puede volver, pero una nueva nostalgia y nueva idealización se adueñarán de él. Puede quedarse, pero jamás podrá renunciar al pasado que lo trajo aquí y sin el futuro ahora con el que soñó tantos años.

Al cabo del largo periplo del exilio, escindido más que nunca, el exiliado se ve condenado a serlo para siempre.

...

Lo decisivo es ser fiel —aquí o allí— a aquello por lo que un día se fue arrojado al exilio. Lo decisivo no es estar —acá o allá—, sino cómo se está.

«1936», *Desolación de la Quimera* (1962). Luis Cernuda

Recuérdalo tú y recuérdalo a otros,
cuando asqueados de la bajeza humana,
cuando iracundos de la dureza humana:
Este hombre solo, este acto solo, esta fe sola.
Recuérdalo tú y recuérdalo a otros.

En 1961 y en ciudad extraña,
más de un cuarto de siglo
después. Trivial la circunstancia,
forzado tú a pública lectura,
por ella con aquel hombre conversaste:
Un antiguo soldado
en la Brigada Lincoln.

Veinticinco años hace, este hombre,
sin conocer tu tierra, para él lejana
y extraña toda, escogió ir a ella
y en ella, si la ocasión llegaba, decidió apostar su vida,
juzgando que la causa allá puesta al tablero
entonces, digna era
de luchar por la fe que su vida llenaba.

Que aquella causa aparezca perdida,
nada importa;
que tantos otros, pretendiendo fe en ella
sólo atendieran a ellos mismos,
importa menos.
Lo que importa y nos basta es la fe de uno.

Por eso otra vez hoy la causa te aparece
como en aquellos días:
noble y tan digna de luchar por ella.
Y su fe, la fe aquella, él la ha mantenido
a través de los años, la derrota,
cuando todo parece traicionarla.
Mas esa fe, te dices, es lo que sólo importa.

Gracias, compañero, gracias
por el ejemplo. Gracias porque me dices
que el hombre es noble.
Nada importa que tan pocos lo sean:
Uno, uno tan sólo basta
como testigo irrefutable
de toda la nobleza humana.

12.

Actuación de Paco Ibáñez.



INSTITUTO CERVANTES
Alcalá, 49 - 28014 Madrid